

JOSÉ TIBLE MACHADO

El autor de *Visitha* es uno de los más distinguidos escritores jóvenes de América. Más que un *conteur* es un crítico artista. Sus estudios sobre la literatura parnasiana son tal vez las páginas mejor escritas que en el nuevo mundo se han dedicado á los poetas modernos de Francia. Rubén Darío calificó de admirables sus folletines del *Correo de la Tarde* y Paul Bourget, el novelista glorioso de *Cosmopolis*, le dirigió una carta llena de elogios con motivo de su estudio sobre Sthendal. La *Biblioteca Azul* publicará pronto un libro suyo titulado : *Impresiones*.

VISITHA

Á José Ortega Munilla.

Aquella tarde Visitha estaba cruelmente triste. Había dejado que su marido fuese sólo á la comida de los Ryley y con pretexto de contestar algunas de las muchas cartas que debía á sus amigas ausentes se retiró en su aposento. Una lámpara sobre esbelto pie de bronce cincelado, arrojaba desde su ángulo de la habitación fulgores que velaba una pantalla azul. En aquel crepúsculo celeste la rara finura de las facciones de Visitha resaltaba notablemente y su extremada palidez hacía pensar en algún retrato de Van Dick, como aquél de la marquesa Paola Brignole Sale.

Allí, reclinada muellemente en una *chaise-longue*, Visitha comenzó á fumar ; y las espirales del humo blanquecino de sus cigarrillos orientales, remedio de sus horas negras, al detenerse sobre los cabellos blondos la envolvían en una nube perfumada. Á no ser por el mueblaje lujoso y variado, donde una consola Luis XV se veía no lejos de la última creación de Bing representada en artística mecedora, recordaría Visitha las imágenes nimbadas de los vidrios de viejas cat edrales : Úrsulas ó Casildas.

Pensaba en su ruptura reciente con Frederick L. En un raptó de sensualismo había engañado á este hombre á quien adoraba... ¿Cómo lo sospechó él?... Lo cierto es que en un momento de sinceridad como sólo los tienen mujeres verdaderamente enamoradas, ella se lo confesó todo, todo... Y ahora sus amores habían concluído, concluído para siempre.

¿Por qué extraña asociación de ideas Visitha dejó de pensar en ese pasado de ayer, vivo y sangriento todavía, para recordar el pasado lejano ya y bien muerto de su aventura con Olivier de Lautrec, el vau-devillista parisiense encontrado por casualidad lejos, muy lejos del hotelito de la *Fifth avenue*, en Florencia; y cómo en esa hora revivió en su imaginación la historia de aquellos amores?... ¿Vanidad é ironía!... El alma de una mujer es cual estuche misterioso; aunque se haya gastado en conocerla nuestra vida y nuestro pensamiento, siempre nos guarda sorpresas encantadoras y crueles!...

* *
*

¡En Florencia, sí! Y Visitha se volvía á ver como en aquel tiempo lejano, bien lejano, ¡ah! y su vida de entonces le aparecía real, con esa realidad brumosa de los sueños. La figura de Olivier de Lautrec con su monóculo pretensioso sobre uno de los ojos castaños cuya mirada vaga hacía pensar en los ojos atrayentes de algún retrato medio borrado por el tiempo; la expresión en su fisonomía de cierta superioridad que

quisiera ocultarse y que era sin embargo revelada por las contracciones burlonas ó sonrientes de los labios nos, sombreados apenas por delicado bigote rubio; la corrección del parisiense que hace llegar de Londres sus vestidos; todo, todo él, revivía ante las pupilas medio cerradas de la soñadora Visitha. ¡Qué galante, qué profundamente enamorado le había parecido! Apenas si él osaba, en los primeros días, hacer alusiones en sus frases amables y aduladoras á la pasión que ella le adivinaba latente en el fondo del pecho. ¡Cómo conocía él las reconditeces de su alma de mujer!... Recordaba Visitha, sobre todo, cierto paseo á caballo en las Cascinas. Fué una de esas mañanas primaverales de Florencia tan divinamente bellas; á un lado de la alameda principal la silueta de una línea de colinas parecía recortada sobre el cielo de un azul á la vez profundo y suave. Y en medio del desfile incesante de los carruajes, fué delicioso para ella el momento en que Olivier le dijo con su voz grave y pausada el famoso soneto de Cinc de Pistoia.

Dove l'honesta pose la sua fronte...

Luego la fiesta, el baile en la Villa Allegra, donde el pecado se ofreció ante los ojos de Visitha con formas seductoras y con los atractivos de lo vedado y de lo fácil. Recordaba el vals — las Rosas de Metra — en que el felino seductor acabó de infiltrar en su corazón y en sus sentidos el deseo de amor verdadero y joven, y oía de nuevo el eco de aquella voz acariadora y galante que le revelaba algo como misteriosa religión desconocida y le hacía ver un vacío

desolador en cada alma que no amaba. Y bajo la inmensa bóveda del cielo — ya en el jardín de la Villa, iluminado por farolillos de papel suspendidos de los árboles, cuyos fulgores ondulantes al resbalar sobre la seda de los vestidos de las damas les daba algún aire de marquesitas cual las pintadas en los viejos abanicos de Watteau, — ¡ cómo sentía ella que la presión del brazo de Olivier se iba haciendo más estrecha y que la voz resonaba más dulce, más halagadora y más humilde! « Pues qué, ¡ si ella era toda bondad, no le haría una limosna de amor al pobre poeta cuya única desgracia era no poder ofrecerle al mismo tiempo que su amor y sus madrigales, su nombre y su gloria »...! Y ella — la indefensa, la inexperta — sentía ante cariño tanto desvanecerse las resoluciones de ser virtuosa siempre, siempre, que de niña — allá en el Sacré-Cœur — hacía ante la capillita de la virgen cada domingo de comunión. « Si; ella por lo menos, ya que la suerte los había separado con obstáculo insuperable, no le negaría la gracia de dejarse amar. ¡ Si supiera con qué inmensa ternura guardaba en la memoria su palabra melodiosa y como le era la vida desesperante y triste cuando no aspiraba el perfume de su cabellera!... »

Y el brazo de Olivier la atraía más y más, pero tan débilmente que ella no pensó en resistir, toda entregada al encanto de las palabras armoniosas y suplicantes que modulaba él con su voz grave y deliciosa. « No; él no osaba esperar... pero quería al menos, ya que sus súplicas no eran bastante á ablandar su corazón, irse seguro de que ella no le quería

mal; de que no le guardaba odio por haber osado amarla... » — ¡ Y qué, vais á partir?... Esta fué la respuesta de Visitha, y el tono de sorpresa y de dolor con que fué pronunciada, debió probar á Olivier de Lautrec lo que había adelantado en sus trabajos para adueñarse de aquella alma nada vulgar.

Después, ya el primer paso dado, ya seguro del amor de ella, la victoria de Olivier no fué difícil, en verdad. Visitha no comprendía la pasión á medias, y sin defenderse se entregó á su amante con toda su alma. Además, las notas lejanas del vals que sonaban en el salón, la música de las frases, las caricias de los labios; todo eso pudo, en aquel cuarto de hora, ayudar á que se introdujeran en su cabeza diablillos sensuales y traviosos.

Cuando Visitha, pocos momentos más tarde, regresó al salón, sentía dentro de su pecho ansia intensa de llorar, de llorar mucho y sus ojos brillaban extrañamente en tanto que Mr. de Lautrec, allá en el otro extremo, reía triunfalmente en un corro de amigos que le oían referir el último escándalo florentino.

Ellos fueron dichosos dos semanas — Y mientras Visitha amaba más y más cada día, Olivier de Lautrec comenzó á mostrarle los rincones de su alma de libertino, hasta que por fin, harta ya de esa vida de zozobras y de dolores; desengañada de aquel miraje de su ilusión y convencida de que no podía apreciar á quien amaba — resolvió volverse á su hotelito de la Avenida, en Nueva York. ¡ Dios mío, cuánto había sufrido!... Fué allí donde, ya cicatrizada aquella

herida sentimental, se encontró con Frederick L., delicado y caballeroso como un gentilhomme de los tiempos viejos, que llevó á su corazón enfermo las ternuras de amor no fingido y el apoyo de su inteligencia comprensiva y sutil, á las veces...

* * *

Envueltas otra vez sus aventuras con Olivier de Lautrec, en el ropaje misterioso de los tiempos ya idos para no volver jamás, apareció para Visitha el pasado reciente y el recuerdo de su amante de ayer — de Frederick L. — más punzante y más doloroso. Había como recorrido ciertas páginas de su vida anterior; había recordado sus amores viejos; pero bajo ese sensualismo del soñador, entre tanto que figuras lejanas le aparecían vivas y presentes, el alma de su pensamiento buscaba á Frederick...

Y entre el ambiente oloroso á tabaco oriental, bañada por la claridad que como un crepúsculo celeste brota desde la lámpara, Visitha vuelve á sumergirse en el océano de sus padecimientos y de sus soñaciones, recostada en aquella *chaise longue* donde la finura y la palidez de sus facciones resaltan notablemente; — en tanto que el humo blanquecino de los cigarrillos al detenerse sobre su cabellera blonda, la hace parecerse á las imágenes nimbadas de los vidrios de viejas catedrales: Úrsulas ó Casildas.

EL APARECIDO

POR

MIGUEL DE TORO